

Dra. Ladis Delpino Artadi, viuda de Soto

María Joli Ramírez Delpino¹

© La autora. Artículo de acceso abierto, distribuido bajo los términos de la Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional.



DOI: <https://doi.org/10.20453/ah.v69i1.8151>

Quiero agradecer a la Universidad Peruana Cayetano Heredia (UPCH), en nombre de mi familia, por el honor de participar en el homenaje a nuestra querida tía Ladis. Expresamos nuestro profundo afecto y sincero reconocimiento a una gran mujer poseedora de notables virtudes, con claros principios y valores morales, éticos, sociales y personales, los cuales manifestó en diversas circunstancias de su vida y relaciones humanas, y con los que impactó a todo aquel que tuvo la oportunidad de conocerla.

Sobre mi tía Ladis debo destacar su honestidad al actuar siempre con transparencia e integridad en los congresos y las jornadas médicas donde participaba como integrante del comité organizador, pues muchas veces de manera voluntaria y desinteresada aportó con sus propios recursos para el éxito de estos eventos tan relevantes.

Además, cabe resaltar su responsabilidad en su trabajo y sus compromisos, los cuales desempeñó con empeño y alta calidad profesional, dando todo de sí, tanto en tiempo como en conocimientos. Asimismo, actuó con justicia, equidad e imparcialidad sin discriminación, razón por la que fue parte del jurado para evaluar al personal del

Hospital Loayza, actividad que era motivo de procesos laborales y legales. Ella respetó la dignidad de las personas sin importar diferencias, sean trabajadores, pacientes o público en general. Era empática, sensible y compasiva por el necesitado, así como por el enfermo y el doliente, pues ofreció toda su atención y conocimiento por el bien de aquellos a quienes sirvió. Manifestó gratitud y admiración por la calidad humana y profesional de sus maestros, además de generosidad para con todo aquel que acudía en su ayuda, brindándole servicio, apoyo, amor y generosidad a instituciones como el consultorio médico gratuito San Camilo, donde trabajó *ad honorem*, apoyando a diversas congregaciones religiosas que ayudaban al prójimo, incluso arriesgando su salud.

También mostró generosidad y amor con las personas a quienes ayudó de manera espléndida y desinteresada, brindando su tiempo, así como apoyo económico y emocional, tal como lo hizo con varias familias de bajos recursos económicos compuestas

por 9 miembros. Más adelante mostró nuevamente su generosidad al cuidar al sobrino nieto de su esposo y velar por él como si fuera su propio hijo.

El carácter de mi tía, así como su admiración y respeto por la profesión médica, se fue forjando desde su niñez en su hogar y en su etapa escolar. Nació en Lima el 22 de junio de 1930 y falleció el 28 de julio de 2025.



¹ Economista y sobrina de la Dra. Ladis Delpino Artadi, viuda de Soto.

Sus padres fueron don Antonio Delpino Fraccia y doña María Delia Artadi Ponce de Delpino; fue la segunda hija de una familia de tres hermanas cuyas profesiones fueron farmacéutica, ingeniera industrial y médica. Cursó su educación primaria y secundaria en el colegio Nuestro Señor de la Misericordia, ubicado en Los Naranjos, Lima Cercado (Barrios Altos), colegio dirigido y administrado por religiosas y con un plantel de profesores seculares que eran, en su mayoría, estudiantes universitarios y algunos ya titulados. Ellos fueron referentes que la impulsaron para alcanzar niveles altos y competitivos de preparación; además, recibió refuerzo educativo en casa por un familiar cercano, estudiante de Medicina. Destacó como alumna con altas calificaciones, fue recordada con mucho afecto por su personalidad y carácter decidido, tenaz, con ansias de crecer en conocimiento y preparación académica; expresó con firmeza y claridad sus principios, mostrando alto nivel de competitividad; fue un ejemplo para generaciones postreras, por lo que era convocada para pronunciar discursos de amor y gratitud a su colegio, así como de estímulo y motivación a las alumnas, incluso cuando había terminado su etapa escolar.

Mientras cursaba sus estudios universitarios, fue afirmando su carácter competitivo, perseverante y aguerrido; perteneció a la promoción Juan Werner de 400 alumnos de Medicina, cuya mayoría eran varones. Se esforzó por alcanzar la excelencia profesional y así ponerse al servicio del prójimo y la ciencia médica; alcanzó su anhelo de culminar con éxito su carrera. Cuando aún era estudiante de primeros años de Medicina, tuvo grandes maestros que la motivaron a lograr sus metas, entre los cuales están su tío, el Dr. Luis Valentín, director del Hospital Militar; el Dr. Holgado, integrante del Servicio de Radiología (alumno de los doctores Oscar Soto y González Vera), quien la invitó a conocer este servicio, porque él sería su profesor de dicha especialidad al siguiente año en la universidad. Al asistir al Servicio de Radiología, preguntar y preguntar, sin conocer qué eran esas imágenes, incursionó en la toma de radiografías y la interpretación de imágenes entre las sombras o escalas de grises; aprendió, como ella dijo, a ver más allá de lo que los ojos corrientes ven. Así comenzó su interés y gusto por la radiología. Al año siguiente, cuando inició el curso de Radiología en la universidad, destacó en gran manera entre sus

compañeros como una sorprendente conocedora del tema, por lo que se ganó su admiración, gracias a que durante sus vacaciones había logrado un gran adelanto en el curso, lo que la motivó a continuar su preparación para no defraudar a sus compañeros ni al doctor que la motivó en esta especialidad.

Culminó sus estudios universitarios en el cuarto puesto de orden de méritos de su promoción y se inclinó por la especialidad de Radiología al haber destacado desde el tercer año de pregrado de Medicina con notas sobresalientes.

Ladis Delpino fue una mujer excepcional, incansablemente trabajadora y perseverante, alcanzó niveles cada vez más calificados en conocimiento y experiencia, aprendiendo de eminentes médicos como los doctores Oscar Soto y González Vera, quienes la estimularon y le brindaron apoyo. Fue también amante de la enseñanza, pues compartió con pasión sus conocimientos con muchas generaciones de estudiantes en la UNMSM y en especial en la UPCH, donde fue profesora fundadora, docente principal, jefa del Departamento Académico de Radiología, titular de la Cátedra de Radiología, así como de la Cátedra Epónima Oscar Soto, y profesora emérita de la UPCH. Los múltiples alumnos que asistieron a sus clases dan testimonio de su alto nivel de preparación y conocimiento profesional, ya que les brindó abundante material pedagógico que supo seleccionar y clasificar durante su labor en el Hospital Loayza, con el propósito de forjar profesionales de excelencia, pero también mostró a sus alumnos y sus pacientes que la medicina es un acto de amor.

Ladis Delpino fue incansable y apasionada por alcanzar mayores y nuevos conocimientos en la especialidad desarrollados en otras latitudes; por ello, siguió un curso de especialización en Mamografía en el Centro Médico Albert Einstein de la División de Radiología en Filadelfia (Estados Unidos), con el eminente profesor Jacob Gershon-Cohen. Durante este tiempo de especialización, tuvo la oportunidad de confraternizar con algunos compañeros de promoción como los doctores Agustín Arbulú y Adolfo Chipoco, quienes le otorgaron todo su apoyo, motivándola a dictar charlas de esta subespecialidad ante médicos en EE. UU. y fortalecer los lazos de unidad, amistad

y compañerismo entre todos los miembros de su promoción Juan Werner, congregándolos en reuniones anuales luego de su retorno al Perú. De regreso a su patria y muy agradecida por el apoyo recibido, los conocimientos adquiridos, la generosidad y el afecto de sus compañeros, se reintegró mucho más motivada a su labor profesional a favor de su país.

Fue la primera mujer radióloga en el Perú, la primera que ocupó la Jefatura del Departamento de Radiología del Hospital Arzobispo Loayza, la primera incorporada a la SPR, como también la primera mujer médica incorporada como miembro titular de la Academia Nacional de Medicina (ANM), fundadora del Voluntariado del Hospital Arzobispo Loayza y catedrática de la UPOCH, por lo que recibió muchos premios, honores y reconocimientos.

A pesar de que fue alcanzando mayores logros académicos en la profesión médica y, particularmente, en la especialidad de radiología, no la cegó el orgullo: supo reconocer con mucha gratitud y afecto los pilares que fueron en su crecimiento profesional sus distinguidos maestros, así como su familia, pues ella, con el ahorro acumulado producto de su trabajo en el Hospital Loayza y la ayuda de su familia, inauguró su primer consultorio particular con equipo radiológico de última generación para su tiempo, siempre con la supervisión, la administración y el leal y férreo apoyo de su hermana Liliana, ingeniera industrial, obstetra y auxiliar de contabilidad.

Fue también pionera en el campo de la mamografía en el Perú, ya que instruyó y difundió su uso, el cual para entonces solo se hacía en Europa y Estados Unidos; ello, aunado también al uso de equipos ecográficos, posibilitó la detección temprana y oportuna del cáncer mamario, lo cual permitió salvar muchas vidas. Asimismo, gracias a los avances tecnológicos y su actitud emprendedora, adquirió e instaló un equipo mamográfico automático para su consultorio particular, brindando así este innovador servicio.

Cómo no recordar sus palabras de valoración y amor hacia su familia, pues, a pesar de sus recargadas labores profesionales entre el Hospital Loayza y su consultorio, supo compartir tiempo de calidad con los suyos. Recuerdo que, cuando éramos niños, los domingos

en la tarde nos llevaba de paseo en su carro; éramos un grupo grande conformado por sus 3 sobrinos menores, 2 primas y otros 3 niños que pertenecían a una familia de bajos recursos económicos a quienes ella apoyaba. A este enorme grupo infantil ella lo llamaba «la Patota» y viajábamos en su pequeño automóvil. Nos llevó a disfrutar de paseos, el cine, el circo, los juegos mecánicos y restaurantes siempre bajo sus ojos protectores. Todo esto la llenaba de gozo y estímulo al ver la alegría, el entusiasmo y el vigor de los niños. Con su calidez, amor y gran generosidad nos enseñó a compartir con otros niños, sin importar sus orígenes y condiciones, sin hacer diferencias.

Ya casada con quien fuera su profesor, el Dr. Oscar Soto, revitalizó el consultorio radiológico que tenía su maestro y reanudó la atención de pacientes; yo fui parte del personal, al igual que mi hermana; así, tuvimos la oportunidad de trabajar con ella a su lado.

Ladis, conocedora de los avances radiológicos en el diagnóstico y la detección de enfermedades en otras naciones por la ecografía, la gammagrafía y la tomografía, convocó e impulsó a diversos colegas médicos, incluso a su esposo, el Dr. Oscar Soto, a conformar la empresa Ecogamma E. I. R. L. para realizar estudios ecográficos y, tiempo después, la primera empresa privada de tomografía en el país, denominada Tomografía Axial Computarizada e Imagenología S. A. (Tacisa). Con el aporte de los socios se importó el equipo, que brindó atención especializada a multitud de pacientes durante varios años, siempre bajo la dirección y la administración de su hermana Liliana.

Otro de los trabajos que enriqueció mucho su vida profesional, así como la de su esposo, fue el estudio, el análisis y la identificación de los restos de don Francisco Pizarro, cuando les fue solicitado investigar la autenticidad de los restos óseos existentes; realizó dicha investigación multidisciplinaria con el arqueólogo Dr. Hugo Ludeña. Fue a través de las imágenes radiológicas que se pudo corroborar el relato histórico respecto al fallecimiento de don Francisco Pizarro, producto de una estocada en la garganta, pues una espada le atravesó oblicua la quinta vértebra cervical.

Mucho hay por explayarse sobre ella por su calidad humana y profesional. Fue una mujer de ciencia,

emprendedora, amante de la enseñanza y entregada a compartir todos sus conocimientos y experiencias adquiridas. En el ámbito familiar y amical, fue una persona afectuosa, alegre, empática, siempre entusiasta, amable, dedicada, servicial, agradecida, sensible y compasiva por el débil y necesitado, por lo que sus consejos, enseñanzas y ejemplo de vida han enriquecido nuestras vidas, llenando nuestros corazones de gozo, gratitud y orgullo por tenerla como

nuestra tía. Asimismo, para quienes trabajaron con ella, fueron sus alumnos y tuvieron la satisfacción de conocerla, dejó un gran legado y es un alto referente como médica y persona. Por todo ello damos gracias a Dios, por su vida, su ejemplo, sus múltiples virtudes, su gran amor y su huella, todo lo cual ha calado profundamente en nuestros corazones. Te queremos mucho, querida tía Ladis, y estarás siempre presente en nuestra memoria.